

¿ASISTENCIA ESPIRITUAL AL FINAL DE LA VIDA?

Para abordar este interrogante hemos de adentrarnos en la hondura humana, realizar un viaje a las entrañas del ser y mirar al hombre tal como no es dado. Es verdad que depende de la mirada antropológica el descubrir en la persona, en su constitución última, esas dimensiones que le son propias. La rapidez con la que vivimos, fácilmente nos hace desviar la atención sobre aquellas cuestiones que, en última instancia, y al final de la vida, vienen a ser las más importantes de la existencia.

Si la **Asistencia integral** se orienta a la atención de todas las dimensiones que conforman a la persona, porque todas ellas de igual modo quedan afectadas por la enfermedad, no podemos olvidarnos de atender sólo la dimensión biológica, psicológica, intelectual y emotiva, social, familiar, sino que también se precisa atender la dimensión espiritual.

La enfermedad, sobre todo si es grave, afecta a la persona en su totalidad. El hombre, por ser una unidad psicofísica, unidad dual cuerpo-alma, cuando enferma se resiente todo él. La enfermedad no afecta solamente al cuerpo, sino a toda la persona, en todas sus dimensiones que lo definen. Al recomendar la asistencia integral al enfermo no se minusvalora, en absoluto la importancia de la ciencia biomédica y de su imprescindible aportación a la salud, sino que se plantea el completar y enriquecer esa asistencia técnica desde otras disciplinas y ciencias humanas.

La atención espiritual al enfermo se realiza a través de un **acompañamiento espiritual**, cuyo fin último consiste en detectar las necesidades espirituales del enfermo e intentar caminar con él en la satisfacción de las mismas, manteniendo en todo lo posible su protagonismo, su responsabilidad y su ritmo. El tiempo de la enfermedad puede transformarse en una ocasión de búsqueda de la presencia de Dios, que patentiza una de las necesidades íntimas que afloran en este contexto, marcadamente sagrado.

Si bien es verdad que **las necesidades espirituales** se expresan de muchas maneras, la demanda más común gira en torno a preocupaciones que tienen que ver con el sentido de la vida, con la pérdida del sentido frente al sufrimiento, la enfermedad, el dolor y la muerte. Los enfermos manifiestan sus demandas religiosas pidiendo ayuda para orar, frecuentemente con lágrimas y lamentos, volcando sus miedos e interrogantes en preguntas,

anhelando la reconciliación que les devuelva la paz o deseando recibir la sagrada comunión o la unción sacramental.

La atención religiosa al enfermo, sin ser negada puede ser marginada o desacreditada como algo de importancia secundaria. La asistencia religiosa puede ser juzgada en ocasiones como una intervención innecesaria e incluso inoportuna. Sin embargo, todo enfermo tiene derecho a ser respetado y atendido en sus demandas y necesidades de orden espiritual. La enfermedad grave y la proximidad de la muerte son experiencias densas que tocan a la persona en su ser más íntimo. El enfermo puede necesitar curar heridas que arrastra del pasado, descubrir un sentido a su experiencia dolorosa, enfrentarse a sentimientos de culpabilidad, abrirse al Misterio, reconciliarse consigo mismo y con Dios; pedir perdón, sentirse aceptado, despedirse de esta vida con esperanza y paz. No habrá verdadera asistencia holística sin atender a esta dimensión espiritual, trascendente y religiosa del enfermo. De ahí la necesidad de revalorizar la asistencia religiosa, no como una intromisión desconectada de los demás cuidados sanitarios, sino como un servicio integrado en la atención a la totalidad del ser humano enfermo.

Esta asistencia espiritual y religiosa tiene una importancia especial en la atención al enfermo terminal. La Iglesia ofrece su asistencia para que ningún enfermo quede abandonado a su destino, a la espera de una muerte más o menos presentida como si ya no fuera necesario ninguna otra ayuda o acompañamiento, excepto el de la maquinaria. Alguien se ha de ocupar de él como persona, con un destino trascendente y ha de ofrecerle la ayuda necesaria para vivir su muerte de forma digna, responsable y esperanzada.

En este contexto de asistencia integral es donde encuentra su verdadero sentido, el acompañamiento cristiano al enfermo, la oración con él y por él, y la celebración de los sacramentos.

¿Qué aportan los sacramentos en la enfermedad?

En sus testimonios, los enfermos hablan de “momentos únicos”. La enfermedad saca a flote aspectos muy problemáticos de la existencia: la fragilidad, la soledad, la inseguridad, las rupturas, la culpa... La enfermedad nos plantea el reto de reconciliarnos con nuestra debilidad, de aceptarnos como somos: débiles, necesitados, menesterosos. La enfermedad puede

plantear o descubrir problemas de relación con los demás, consigo mismo y con Dios. En el **sacramento de la reconciliación**, por mediación de la Iglesia, Dios sale al encuentro del cristiano enfermo, débil y pecador, le acoge con misericordia y le dice: *“Tus pecados quedan perdonados...Levántate y anda”*.

La Unción es el sacramento específico de la enfermedad y no de la muerte. La unción celebra el encuentro sanador de Cristo resucitado con el enfermo. Por la acción del Espíritu y gracias a los gestos y a la acción de la Iglesia, Cristo está junto al enfermo para compartir e iluminar su existencia, fortalecerle en la lucha contra la enfermedad, ayudarle a asumir su fragilidad con realismo, reconciliarse con su propio cuerpo y renovar su capacidad de amar a Dios y a los demás.

Llevar **la Sagrada Comunión** a los enfermos es una de las prácticas más antiguas de la Iglesia. Es un gesto de fe que manifiesta el vínculo de unión entre la comunidad cristiana y los miembros ausentes que no pueden participar de la asamblea eucarística. Un miembro de ésta – el sacerdote o el ministro extraordinario de la comunión – les lleva el alimento de la Palabra y del Pan de Vida compartidos en la Asamblea.

“La Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo” (n.8) *Jornada Mundial del enfermo 2010*

D. Óscar Alba

Párroco y Capellán del Hospital Universitario HM Sanchinarro

COMITÉ DE ÉTICA ASISTENCIAL HM HOSPITALES